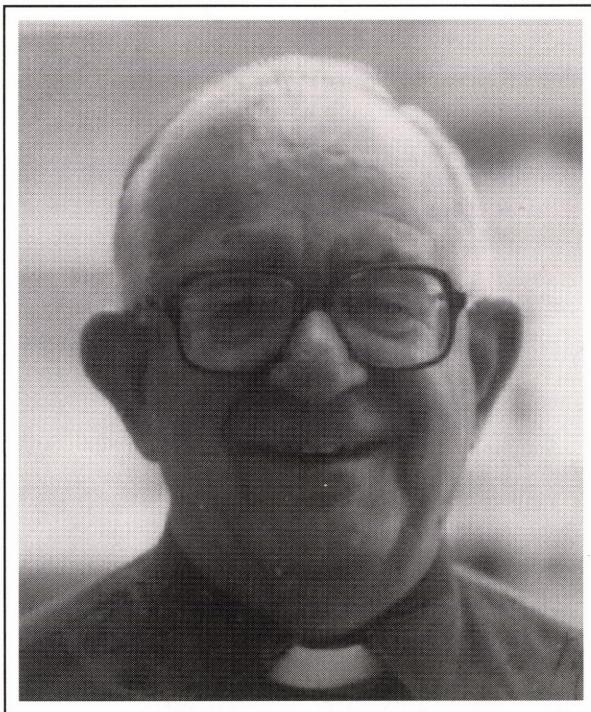


## **COMUNIDAD ATOCHA - DON BOSCO**

---

Ronda de Atocha, 27 - 28012 MADRID



*Queridos hermanos:*

Os comunico con tristeza y esperanza el fallecimiento de nuestro hermano

**D. SANTIAGO IBÁÑEZ GARCÍA**

acaecida en Madrid, Clínica de la Concepción, el día 26 de agosto de 1992.

Hace menos de un año, el 25 de septiembre de 1991, enterrábamos a otro hermano de la comunidad, D. Eduardo Díez Gallo. Era el confesor de D. Santiago. Confesor, D. Eduardo, místico e introvertido, y penitente, D. Santiago, extremoso y arrebatado, se habrán encontrado fundidos en el abrazo del Padre, como unidos estuvieron aquí con un solo corazón los últimos años de sus vidas.

D. Santiago estaba haciendo en Mohernando, con otros hermanos de la comunidad, los Ejercicios Espirituales. Habían comenzado el 18 de agosto, predicados por D. Agustín Iglesias. El día 21 se había celebrado la Eucaristía por los hermanos salesianos difuntos y habíamos recordado especialmente a los hermanos de la Inspectoría fallecidos durante el año.

*“Me he emocionado en la Eucaristía recordando a estos hermanos”*, había sido el comentario de D. Santiago por la noche, en el descanso después de la cena, y, posteriormente, había añadido: *“Hoy he entrado ya en los Ejercicios”*. A la mañana siguiente –hecho insólito– bajó a la oración. La primera y aguda sospecha se convirtió en triste realidad. Iluminado por el sol ardiente de una mañana de agosto que despertaba a la vida, el cuerpo de D. Santiago aparecía sobre el lecho, roto y marcado por la muerte.

Tres años antes, había tenido un aviso serio; de camino hacia Gandía, acompañando a la colonia numerosa y entrañable de la Parroquia, había sufrido una trombosis; precipitadamente tuvimos que traerle de nuevo a Madrid. Médicos, recuperaciones, esfuerzo suyo y atenciones de todos le ganaron de nuevo para la vida, la amistad y el cariño de hermanos y feligreses. Quince días más tarde estaba ya en casa... con su bastoncito y una leve incidencia en su pierna izquierda que ya no desapareció, pero que nunca le impidió ejercer su actividad normal. Nos quedó sin embargo, siempre, un frío temor que en la madrugada del 22 se transformó en fatídica realidad: una hemorragia cerebral, masiva esta vez, invadió su cerebro y le arrancaba de nuestro lado en cuatro días. Precipitadamente, hubo que rezar por él la oración del enfermo y ungirle con el óleo del perdón y la salvación. A su lado estaban los hermanos de la Comunidad, acompañando al director que le administraba el sacramento. Y con nosotros, el director de Mohernando, D. Manuel Rueda, atento a todos los detalles, D. Adolfo González, amigo y compañero de curso de D. Santiago, a quien le debe esta comunidad servicios impagables de ese momento de dolor y desconcierto, D. Manuel de Castro, director de nuestra comunidad hermana de Atocha, que ya no nos abandonó en esa mañana de peregrinación

angustiosa por clínicas y hospitales, y un grupo de hermanos que estaban haciendo Ejercicios Espirituales. Instantes después, en una ambulancia salíamos de Mohernando camino de la Clínica de la Seguridad Social de Gudalajara. Sobre la mesilla, un libro: “*La muerte: un amanecer*”. En él, es posible que, antes de entregarse al sueño, leyera aquella noche: “*Morir significa, simplemente, mudarse a una casa más bella*”.

Nuestras leves esperanzas quedaron pronto frustradas: en el informe de urgencias, leído repetidas veces como quien quiere haberse equivocado, aparecía, entre datos ininteligibles para los profanos, la sentencia inexorable: “*Pronóstico infausto e irreversible*”. Nueva ambulancia y nueva peregrinación: a casa primero, para llegar por fin a la Clínica de la Concepción. Todo fue inútil. Cuatro días más tarde entregaba su espíritu al Señor, rompiendo el capullo de su vida, para volar, libre ya, al encuentro con el Dios de su amor que le había consagrado para El medio siglo antes.

A su lado, durante los cuatro días, sus hermanos de sangre y de espíritu rezando por él, compartiendo la dolorosa impotencia de los últimos momentos, acompañando a su hermano salesiano D. Cipriano que había venido urgentemente de la República Dominicana.

*D. Santiago tuvo la suerte* de morir en Atocha. Lo había deseado insistentemente. Corazón grande y entregado, tenía esta debilidad no disimulada. Había comenzado su misión, recién estrenado sacerdote, en el lejano 1949, en Atocha, junto a salesianos míticos para él, que marcaron su vida. Había vuelto, maduro ya de años y experiencias, el año 1960, como director en tiempos de desarrollo y euforia. Regresaba, después de 14 años de ausencia, para entregarse, en la última etapa de su vida, a su gente de Atocha como Párroco. ¡Nada extraño que amase los muros de Atocha, las calles de Atocha, las gentes y los festejos de Atocha, los salesianos de Atocha! ¿Adónde podía ir, al cesar en su responsabilidad parroquial, marcado ya por la trombosis? ¿Quién le podía atender mejor que su comunidad y sus amigos de Atocha? ¿Dónde podía recuperarse más rápidamente de su grave enfermedad? Los superiores fueron buenos con él. Tres años después, Atocha fue, felizmente para él, su tumba.

Nadie puede extrañarse, pues, de que la buena gente de Atocha se acercase llorosa a besar sus manos sacerdotales en un reguero inacabable de gente. Nadie puede extrañarse de que el funeral fuera una manifestación sobrecogedora de dolor y reconocimiento agradecido al

gran sacerdote y amigo. Muchos feligreses, muchos amigos. Muchos antiguos alumnos. A pesar de ser tiempo de vacación, el amplio templo estaba rebosante. Un buen grupo de sacerdotes de la diócesis de Madrid, numerosos salesianos de la Inspectoría de León con D. Filiberto Rodríguez, su superior, al frente, como recuerdo agradecido al que fuera su Inspector durante seis años. Innumerables Salesianos e Hijas de María Auxiliadora de nuestras Inspectorías hermanas de Madrid, Voluntarias, Cooperadores, miembros de la Asociación de María Auxiliadora, inconsolables, Hijas de los Sagrados Corazones, fundadas por el P. Variara ... la Familia Salesiana entera de Madrid estaba el día 27 de agosto al lado de D. Santiago, haciendo de su presencia oración y agradecimiento.

Presidió emocionado la numerosa Concelebración D. Cipriano Ibáñez, en el Caribe desde hace treinta años. Predicó la homilía con sabiduría y amor D. Pedro López, Inspector de Madrid. Y estuvieron presentes con la tristeza esperanzada de la separación los cuatro hermanos de D. Santiago con sus esposos y esposas y familias; habían perdido al hermano que siempre estaba pendiente de ellos, al consejero, al puente y lazo de unión de toda la familia. Lo enterramos sencillamente en el panteón salesiano de Carabanchel, junto a muchos hermanos que esperan juntos el día de la Resurrección. Un clamor unánime pidió que se cantara al final el “*Rendidos a tus plantas*”, oración y homenaje popular a María Auxiliadora, y también reconocimiento agradecido al que fuera gran devoto y propulsor enamorado de su devoción. ¡Adiós, D. Santiago!

Un mes más tarde, urgido por muchos feligreses de la Parroquia, ausentes los días de su muerte, celebramos otro funeral, presidido por el Director de la Comunidad y Párroco. Esta vez sí pudo participar la Coral, fundada por él, y que aún le tenía entre sus filas como tenor y solista apreciado, vestido de gala, con pajarita y todo, en los conciertos y galas musicales. ¡Qué emoción la de todos al cantar-rezar por D. Santiago y con D. Santiago el Ave María de Victoria!

*D. Santiago tenía grandes valores humanos:* optimismo, alegría, generosidad, seguridad en sí mismo. Dios no se quedó corto con él y le preparó para la misión con los jóvenes que le había de encomendar. Por estas cualidades bien aprovechadas no pasaba desapercibido nunca: no podía pasar desapercibido por su figura oronda y voluminosa, que quiso controlar y no pudo. No podía pasar desapercibido por su voz brillante y potente: predicaba con el do agudo, rezaba como

manda el salmo 76 “*Alzo mi voz a Dios gritando, alzo mi voz a Dios para que me oiga*”, cantaba a pleno pulmón, como quien está entonando siempre jotas, hablaba en toda ocasión al límite, seguro, convencido, trepidante. Como consecuencia, hilvanaba las notas en el órgano siempre con el tutti. ¡Dios le dio un buen instrumento con su garganta! ¡Y él lo aprovechó!

D. Santiago era un hombre impetuoso: ponía su exuberante vitalidad al servicio de sus ideales, de su misión. No era hombre de dudas. Seguro de sí mismo, acometía con ímpetu los objetivos que se proponía. Si era consejero o director, lo era con toda el alma... Si era inspector había de poner todo su corazón en la empresa: «*El lema de mi sacerdocio es “Todo para todos”*», escribía en la primera circular ... «*Quiero ser padre de todos. Amar a todos con corazón fraterno. Ser siervo de todos*». Si predicaba, si asistía a un enfermo, no se reservaba nada, daba todo lo mejor de sí mismo. El lema de su sacerdocio, “*Todo para todos*”, fue en él algo connatural, necesariamente acertado. D. Santiago no hubiera podido ser de otra manera. Es significativo que en sus años jóvenes de teología le apodaran con exactitud sus compañeros el “*hijo del trueno*”, recordando a su inflamado patrono Boanerges, y que, al final de la vida, el cardiólogo que siguió las peripecias de su corazón débil durante tres años, le llamase con cariño el “*ciclón de Atocha*”. ¿Por qué iba siempre corriendo? Hasta su manera característica de caminar, tendido hacia delante, parecía recordar el lema de los atletas –él, atleta del espíritu en busca de su record personal e imaginario– “más lejos, más deprisa, más alto”.

D. Santiago fue un hombre de comunidad, vivió el espíritu de familia con gusto, como un verdadero carisma: sabía alentar a todos, ayudaba al hermano triste o deprimido, era capaz de hablar con todos en una comida al mismo tiempo, tenía necesidad de que le saludara el hermano que llegaba tarde, se dejaba impresionar por la homilía convencida de un hermano un viernes comunitario, era optimista con el optimismo de la fe en los momentos difíciles, llevaba la alegría a las reuniones, participaba en las sobremesas, sobre todo con el célebre “*Naveira*” que todos, desmesuradamente a veces, coreábamos, era capaz hasta el último año de disfrazarse en la fiesta de la Epifanía de Rey Mago –de Baltasar ¡claro!–, para ofrecer los regalos a los ancianos, no se olvidaba nunca de interpretar, él solito, al final de la Navidad, su villancico añorado de los tiempos jóvenes: “*Las estrellitas que hay en el cielo bordan un velo de blanco tul*”; se fiaba de la gente, pensaba bien, hablaba bien de todos.

D. Santiago acertó al hacerse salesiano, o mejor Dios pensó en los salesianos para que D. Santiago fuera feliz. ¿Quién lo duda?. El lo dijo, recordando a D. Caglieri: “*Si volviese a nacer, me haría otra vez salesiano*”.

Por contra, no fue un buen enfermo; entre bromas y veras todos nos sentíamos con el deber de ayudarle y darle buenos consejos. Y entre veras y bromas él seguía su camino y no nos hacía mucho caso.

*Pero en D. Santiago había más.* Detrás de una fachada brillante, espectacular, estaba un andamiaje de humildad, de entrega al Señor, de deseo de cumplir siempre su voluntad. Con respeto leemos sus sentimientos más íntimos: “*Cada día soy más consciente de que soy religioso por la gracia de Dios. La conciencia de que Dios me ha llamado va presidiendo más agudamente mi vida entera*”. Y porque recibe agrado la llamada de Cristo, siente la urgencia de estar en comunión con Él: “*Tengo necesidad de compartir mi vida con Él, de compartir su misión. Tengo necesidad de vivir con Él, de vivir como Él*”. Y de este deseo encendido brotan como consecuencia propósitos ardientes: “*Vivir en amor total al Padre y a todos los hombres; vivir en disponibilidad total de lo que soy y tengo para los demás; ponerme en actitud de total y amorosa docilidad en la voluntad de Dios*”. ¡Qué bien expresa la palabra “total”, repetida machaconamente, la actitud y el sentimiento íntimo de D. Santiago ante Dios y los hombres!

No nos extraña ahora su humildad. No nos extraña que acoja la voluntad de Dios, aunque muera en el empeño, aunque las obediencias sean difíciles. Ni su constancia. Ni su optimismo. Ni la fuerza de su fe. Ni su oración constante.

Un carisma especial ha sido su devoción a María Auxiliadora. Por todos los sitios ha ido sembrando la estampa de María Auxiliadora. A todos los enfermos y a todas las casas ha llevado su Bendición. Ha comunicado su devoción por todos los rincones, la ha predicado desde todos los púlpitos. La metió en el corazón de los aspirantes de Arévalo que hoy la cantan en el ancho mundo. Continuó en Atocha la publicación de “*La Virgen de Don Bosco*”. Alentó la novena de María Auxiliadora y el mes de mayo. Volvió a sacar a la calle su imagen después de 22 años no sólo como procesión de María Auxiliadora, sino como Virgen del Barrio, signo de evangelización y testimonio del amor de Dios al mundo. Plantó con raíces profundas la primera devoción en Puertollano y Fuenlabrada y terminó los últimos años de su vida como Coordinador Inspectorial de la Asociación de María Auxi-

liadora, promoviendo su devoción en todas las casas y organizando la asociación. María Auxiliadora tiene que haberle recibido en el cielo con un amoroso abrazo de Madre.

Una buena descripción de la espiritualidad de D. Santiago la formuló D. Juan Vecchi, Vicario General de la Congregación, el mismo día del fallecimiento: “*Cuantos lo hemos conocido conservamos el recuerdo de su entusiasmo por la vocación salesiana, de su amor incondicional a la Congregación, de su rectitud en el juzgar y en el obrar, de su dedicación al servicio de los hermanos y al trabajo pastoral, de su alegría acogedora y contagiosa, de su ardiente devoción a María Auxiliadora. Llega a su morada definitiva llevando mucho consigo y dejándonos también mucho*”.

Síntesis poética de lo que llevamos dicho y expresión acertada de los sentimientos de todos los que rodeábamos con dolor su oscuro féretro fue la despedida de D. Eugenio Alburquerque, hermano de la Comunidad, al terminar el funeral:

“*Si vivimos, para el Señor vivimos;  
si morimos, morimos para el Señor  
En la vida y en la muerte somos de Dios*”.

“*Ya Dios es tu vida para siempre, Santiago.  
Ya encontraste a quien, desde niño, te arrastró y te sedujo  
grabando en tu frente: “serás otro Cristo”.*  
*Ya unes tu sangre y tu carne a la suya,  
tu cuerpo gastado y frío a su cuerpo glorioso.  
Junto a tu aliento, su aliento de vida;  
junto a tu mano, su mano;  
junto a tu pecho, su corazón latiendo al unísono.*

*En un instante  
cesó tu melodía en este mundo.  
Pero todos sabemos bien que no dejas incompleta tu canción.  
Todo estaba cumplido,  
la espiga granada,  
el tallo de Dios florecido,  
y una cosecha abundante de mies en sazón.*

“*Morir –dice el poeta– es sólo morir.  
Morir es una hoguera fugitiva.  
Es cruzar una puerta a la deriva,  
y encontrar lo que tanto se buscaba*”.

*Ya eres todo de Dios.*

*Ya se ha colmado ese ansia tuya en su búsqueda.*

*Todos tus días estarán bañados por el sol de su larguezza,  
todas tus noches, encendidas por su sueño,  
toda tu inmortalidad, lanzada sin reservas,  
a la fecundidad de su abrazo.*

*El te ha salido al encuentro con el amor en las manos.*

*Ha destruido tu muerte,  
convocándote al asombro de la novedad sin límites:  
¡la resurrección!*

*Domeñada la muerte,  
despojada de todo poder de corrupción y de amargura,  
has entrado en el cortejo del Resucitado,  
en el cortejo triunfal de la gloria,  
en el cortejo que integran cuantos mantuvieron la fe y la esperanza  
en medio de la noche oscura y el destierro.*

*Y cantas al Señor*

*con todos los que han amado en profundidad la vida,  
con todos los que han sembrado sueños y alegrías,  
con todos los que han compartido el pan y el corazón con los hermanos,  
con todos los que en la tierra esperaban sólo bienaventuranzas.*

*Santiago, hermano y amigo,  
palabra de fuego y corazón abierto,  
hombre de paz y de fiesta,  
al despedirte esta mañana, en este adiós postrero,  
sentimos todavía tu último andar cansado,  
el galope lento de tu corazón,  
tu sonrisa amplia, tu alegría,  
el brillo de tus ojos de niño;  
sentimos tu vida parpadeante al viento,  
temblorosa como una candela.*

*¿Lo presentías?*

*¿Sentiste rondar el fulgor esquivo de la muerte al amanecer?*

*¿Escuchaste sus pisadas?*

*Anda tranquilo, sereno.*

*Guía la noria de la esperanza,  
que, al crecer la oscuridad, crece la luz.  
Has amado y has sido amado y feliz.*

*Y lo eres ya ahora para siempre.  
Entras en la luz, en la claridad de Dios:  
su luz y su gracia te rodean, te llenan.  
Desde ahora y para siempre, Dios es tu gloria  
y tu salvación.  
Con Él te has fundido en el sagrario de su abrazo.  
En Él vives, porque en Él has muerto.  
En Él has despertado, regalo de amor,  
con tus cinco sentidos enamorados,  
en esta aurora eterna de vida resucitada.”*

D. Santiago nació en Valoria del Alcor, pueblecito de Palencia, el 25 de julio de 1923. El lugar, hoy medio despoblado, está asentado en la ladera del alcor que le da nombre; enfrente, la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe a la que el pueblo tiene mucha devoción. Sus padres fueron Serafín y Macrina, sencillos y humildes, piadosos y cristianos a carta cabal. Si tuviéramos que añadir algo de cada uno de ellos, diríamos que Serafín fue un trabajador empedernido, para poder sacar adelante a su numerosa familia, y un devoto enamorado del Sagrado Corazón de Jesús al que le pediría con confianza y fe en la iglesia de Matallana un día de su fiesta que alguno de sus hijos fuera sacerdote; diríamos de Macrina que fue siempre una mujer acogedora y callada, que hablaba con sus ojos vivos y sus hechos más que con sus palabras. Tuvieron siete hijos: Santiago, Teódulo, Cipriano, Serafín, Macrina y Juan; una hermanita se marchó pronto al cielo. A Santiago le recuerdan como un niño generoso y desprendido; es curioso que subrayen, hoy todavía, que era muy obediente a su madre. Conociendo su simpatía no nos extraña, sin embargo, que, ya entonces, fuese querido por todo el pueblo y apareciese como un niño muy comunicativo. Como en las estampas de los santos, fue monaguillo, con su sotanita roja y su roquete blanco; madrugaba temprano para ir a la iglesia y aguantaba el duro frío invernal de la estepa castellana para poder comulgar todos los días, a pesar de que alguien le aconsejase lo contrario.

En algún momento sintió la llamada vocacional y, consciente de las dificultades económicas de su casa y de su familia, se puso a trabajar para ahorrar unas pesetas y poder seguir su vocación. Pronto, en octubre de 1936, le recibe en el aspirantado de Astudillo D. Esteban Ruiz, director, en aquellos tiempos turbulentos, de aquel recinto de paz donde no llegaron felizmente los vientos de la guerra. Permaneció

allí tres años. Presumía justamente de ser compañero de grandes hombres; y, más justamente, presumía de ser compañero y amigo, egregiadamente correspondido, de un Cardenal de la Iglesia, Eminentísimo Antonio M. Javierre Ortas. El cuarto curso, 1939-40, apenas terminada la guerra, frío y hambre, lo hace en Carabanchel bajo la dirección de D. Alejandro Battaini, que supo dar a los aspirantes –y a los teólogos que reiniciaban sus estudios después de guerras y cárceles– comprensión y cariño, entusiasmo y alegría. Les hacía mucha falta.

D. Santiago comienza el noviciado en 1940, siendo P. Maestro D. José Arce y le encontramos ya salesiano y consagrado a Dios y a los jóvenes el 16 de agosto de 1941. Tiene sólo 18 años. Siete años más tarde, cumplidos los plazos y estudios previstos, es ordenado sacerdote el 3 de julio de 1949 por Mons. Juan Manuel González Arbeláez.

*Hemos dicho ya* que Atocha fue principio y fin de su andadura salesiana y sacerdotal. Aquí comienza su actividad apostólica. Es durante tres años largos consejero de la sección de estudios primarios y de lo que en aquellos años se llamaba comercio práctico. De esta sección salieron numerosos jóvenes que llenaron las oficinas y los bancos de Madrid por su buena preparación y por su honradez profesional. Los salesianos estaban satisfechos de su trabajo y esfuerzo con estos jóvenes y éstos les correspondieron siempre con amistad y agradecimiento. ¡Cuántos amigos y alumnos de aquellos tiempos han llorado a D. Santiago el día de su muerte! D. Santiago se encontró en Atocha con salesianos que le influyeron mucho con su testimonio religioso, su alegría salesiana, su práctica pedagógica. Entre otros, hablaba siempre con admiración de D. Fila, simpático, extrovertido, artista, amigo. Recordaba con cariño a D. Paquito (D. Paquito solo hay uno, D. Francisco González Bellver), sus exclamaciones admirativas “¡Atochaaa!”, su verbo ampulosamente cómico. Se dejó conquistar por el teatro, que entonces brillaba en Atocha a mucha altura, con zarzuelas primorosamente preparadas por D. Fila y sus colaboradores, y lo llevó después a todas las casas por donde pasó. Todavía, siendo párroco, representó para el Club “Nuestros Mayores” algún sainete cómico que los espectadores aplaudían largamente. D. Santiago fue feliz en Atocha; era consejero, pero, al mismo tiempo, era profesor, secretario, maestro de música... era un meteoro de 25 años, pero era feliz, inmensamente feliz.

La segunda vez que entró en Atocha fue el año 1960. Esta vez era el director de la comunidad y de una obra inmensa que atendía a 2000

muchachos. Venía del aspirantado de Arévalo y el cambio fue notable: del pinar a la ciudad febricitante, de un ambiente vocacional a un centro educativo en ebullición, de una comunidad de 17 salesianos a otra de 41. Fueron seis años de director largos y fructíferos en la educación de los jóvenes con otras realizaciones brillantes que permanecen para siempre: se edificó el pabellón de formación profesional para la maestría de entonces; se inauguró el 23 de mayo de 1961 la cripta de la iglesia revistiéndola de mármol y escayola, después de haber usado el teatro como templo durante bastantes años, y se dio comienzo solemnemente, ya al final de los seis años, la parroquia de María Auxiliadora a la que volvería después, en su última etapa de Atocha, para ser el cuarto párroco de la misma. Puestos a recordar, traemos a la memoria el “ejército blanco”, un movimiento de niños puesto en marcha por D. Santiago que unía su vida blanca de gracia y su amor a María a la oración por las intenciones de D. Santiago; recordamos también las misas dominicales preparadas semana a semana y emitidas por Radio España: fueron un apostolado eficaz y, al mismo tiempo, un instrumento de publicidad que propagó insensiblemente el conocimiento de la obra salesiana.

La tercera etapa de Atocha comienza en 1980. Va a ser párroco nueve años, hasta 1989, año negro en que le sobreviene la primera trombosis. Venía de Fuenlabrada donde se había entrenado en el servicio parroquial durante tres años. Ha sido un buen párroco: ha dado importancia y responsabilidad al Consejero Parroquial, ha alentado la catequesis y los grupos de formación permanente, ha promovido el culto y la vida sacramental. Pero ha tenido sobre todo momentos secretos de gozo y sufrimiento que solo un sacerdote puede sentir: el gozo de poder acoger y bendecir en el último momento de la vida al hijo pródigo, después de vivir muchos años alejado de la casa del Padre, y la tristeza infinita de llegar tarde, de chocar con la obstinación, aunque siempre le quedara la esperanza cristiana en el Señor de la vida, que no renuncia nunca a salvar lo que compró con su propia sangre ¡Cuántas visitas a enfermos en las casas y en las clínicas! ¡Cuántos sacramentos! ¡Cuántas bendiciones de María Auxiliadora con fe y esperanza en su protección! Ciertamente D. Santiago ponía en estos menesteres toda su vida. Pero hay que resaltar de manera particular su amor a la “palabra”, su esfuerzo por comunicarla, por leer y prepararse para llegar mejor a su auditorio, su constancia en escribir, con letra pequeña y enrevesada, todos los sermones, su gusto por ejercer este primer deber del sacerdote: siempre estaba preparado para hablar,

había en él una solícita entrega a la palabra, al mismo tiempo que se sentía instrumento en las manos de un Dios al que servía y amaba con todo el corazón que ponía en sus pláticas y homilías.

El año 1985 se divide la comunidad de Atocha en dos comunidades distintas y D. Santiago es nombrado director de la comunidad D. Bosco, sin dejar de ser Párroco. Tres años más tarde, al cumplir los nueve años preceptivos de Párroco, deja de ser también Director. El día 28 de agosto era sustituido en ambos cargos por D. Blas Calejero. Cinco días más tarde, le sobrevenía la trombosis. Pero Dios bueno le dio la propina de tres años más, encantadores, en su querida casa de Atocha: encantadores por el cariño de los amigos, por el mimo de su comunidad donde se dejaba ser, sobre todo al final, el abuelo de todos, por la necesidad de ser querido que experimentaba y requería a todos los que con él vivíamos.

*Entre la primera y segunda etapa de Atocha, o sea de 1953 a 1960, D. Santiago estuvo en dos casas, distintas en la misión y significado, distintas en la construcción de su personalidad: Puertollano, con sabor de comienzo, y Arévalo, con aromas de pino y espiritualidad vocacional.*

Puertollano es un canto a la pedagogía de D. Bosco y la respuesta agradecida de unos hombres a los salesianos. En los años anteriores a 1953, unos antiguos alumnos de Carabanchel demandaron con insistencia a los inspectores de Córdoba y Madrid la creación de un centro de formación profesional salesiano en Puertollano. A las evasivas de los superiores, aquellos hombres aceptaron el envite que les ofrecían: ellos edificarían el colegio y los superiores enviarían consecuentemente los salesianos. Y se hizo el milagro. El primer salesiano que llegó a Puertollano, el primer director, fue D. Santiago. ¡Qué susto se llevaron los Manolo León y compañía, cuando se encontraron en el andén de la estación, la personilla de nuestro buen D. Santiago, solo, bajito, delgado (¡sí, todavía delgado!), jovencito de 28 años!

Pero allí empezó una gran amistad, allí empezó una gran obra, que hoy subsiste pujante después de cuarenta años, a pesar de las previsiones agoreras que se aventuraron en tiempos difíciles. Y allí quedó el espíritu salesiano prendido en la devoción a María Auxiliadora, que D. Santiago dejó en Puertollano como insignia y símbolo de una realidad que es desde D. Bosco historia salesiana: “*Ella lo ha hecho todo*”.

Poco tiempo estuvo en Puertollano. En 1955 lo encontramos en Arévalo como director del aspirantado sustituyendo a D. Eduardo Díez. Fueron años excepcionales los que vivió en Arévalo. Los aspiran-

tes pasaban de trescientos. Ellos le hicieron sentarse en su sillón del despacho y asumir la dirección espiritual de aquellos jóvenes que hoy llenan dos inspectorías de España y muchas misiones en el mundo entero.

Arévalo ahormó a D. Santiago en su función de Director. En Puerto-tollano había sido director y factotum: de constructor a maestro, de musiquillo a sacerdote. En Arévalo tuvo que ser necesariamente director, tuvo que desprenderse de actividades que le agradaban tanto. Alguna escapada le consintieron entre todos: los aspirantes de entonces todavía le recuerdan con gusto, batuta en mano, ensayando la zarzuela "*El nacimiento del Mesías*" y tararean el coro final, deliciosamente ramploncillo, "*son tus ojos cual dos soooles... ábrelos esa boquiita...*"

Pero siempre alentó la música y el teatro y aplaudió con calor y su poquito de nostalgia, por no poder intervenir, los autos sacramentales, las zarzuelas de las fiestas grandes, aquel mimo expresivo "*Los soldaditos de plomo*" y los dramas y comedias de ¡todos los domingos! (Todos los domingos los aspirantes hacían tablas para entretenerse, formarse en la dicción, prepararse y perder miedos ante públicos futuros). ¡Muchas anécdotas, muchos miedos y muchas alegrías, traían aquellas obritas de nuestra denostada, pero bien provista, ¡gracias a Dios!, Galería Salesiana!

Junto a estos elementos, lúdicos y formativos al mismo tiempo, la vida espiritual y sacramental, el estudio, la exigencia formativa, la disciplina humana, el deporte y el patio, las excursiones y la amistad. D. Santiago era el padre y el amigo de los aspirantes. Fueron cinco años de plenitud que él recordará con satisfacción y agradecimiento a todos los que con él compartieron responsabilidades formativas.

*Después de la segunda etapa* atochana, los superiores encomiendan a D. Santiago la Inspectoría de Zamora. Empieza su cargo el 11 de septiembre de 1966 y escribe su primera circular a los hermanos el día de la Fiesta del Rosario. Escribió 34 circulares. Trasladó la Inspectoría de Zamora a León: el día 22 de agosto de 1968 se inauguraba la sede inspectorial que ha sido centro irradiante de salesianidad para los salesianos de la inspectoría hermana y célula inicial de un gran complejo de obras que se han ido multiplicando a su alrededor.

Al final de su etapa de inspector asiste al Capítulo General Especial. Fue para él una gloria participar en este Capítulo de refundación de la Congregación. Se le resistía el italiano, pero eso no le impidió el hacer sus intervenciones "brillantes" ... ¡aunque fuesen en español!

D. Santiago guardó buenos recuerdos y grandes amigos salesianos de esta etapa inspectorial, que le distinguieron también a él con una amistad y agradecimiento rayanos en la veneración.

De León vuelve a Madrid en 1972. Viene a Atocha de nuevo, pero esta vez tiene una actividad escondida. Es Vicario inspectorial y Director de la comunidad de la casa inspectorial. Ayuda impagablemente al Inspector, D. José Antonio Rico, en los tiempos tormentosos del posconscilio, atiende en situaciones difíciles a hermanos, que nunca olvidarán su comprensión y afecto, y colabora en la marcha de una inspectoría numerosa que en aquellos momentos contaba con 490 hermanos.

Simultáneamente encuentra tiempo para atender espiritualmente como Asistente Regional a las Voluntarias de D. Bosco. Cuida de su formación como consagradas al Señor en el mundo, las orienta en la vivencia del espíritu salesiano, las ayuda, en un momento importante de desarrollo, a organizar sus estructuras, dando vida de manera particular al Consejo Regional, que entonces extendía sus tareas de animación y gobierno a las Voluntarias de toda España. Siempre mostraron ellas a D. Santiago su agradecimiento por este servicio de hermano y amigo que prestó desde 1972 a 1981.

En 1976 es nombrado director del Teologado de Salamanca y a continuación es durante tres años párroco en la nueva parroquia de María Auxiliadora de Fuenlabrada. Otra vez tiene que sacar del frasco su carisma de fundador. No es el joven arrollador de Puertollano, pero es capaz de comenzar una experiencia nueva a sus 54 años. Fuenlabrada será un relax después de Salamanca. Pondrá en marcha la Parroquia y volverá por última vez a Atocha. Es Párroco desde 1980 a 1989 y pasa los últimos tres años de su vida, después de la trombosis, en la misma comunidad, al mismo tiempo que colabora activamente en la parroquia: “*Creo –decía– que, para terminar mi vida, Dios me está dando el carisma de confesor*”. ¡Poco tiempo tuvo para desarrollarlo! Pero la verdad es que realizó su ministerio sacerdotal abundantemente a lo largo de toda su vida.

*D. Santiago pasó dos semanas*, antes de su muerte, en Valoria del Alcor, junto a sus hermanos. Recordó sus orígenes humildes. Vio, desde la altura de sus 69 años recién cumplidos, el camino recorrido y dio gracias a Dios. Todos los días, lentamente, apoyándose en el bastón, subía hasta la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe para celebrar agradecidamente la Eucaristía. Se había llevado como libro de

meditación, repetidas veces leído, “*Testamento del pájaro solitario*”, de José Luis Martín Descalzo:

“*Morir sólo es morir. Morir se acaba.*  
*Morir es una hoguera fugitiva.*  
*Es cruzar una puerta a la deriva*  
*y encontrar lo que tanto se buscaba.*”

Esto leyó y rezó en su descanso veraniego. Pocos días después, llegó la muerte fugitiva y D. Santiago cruzó la puerta de otra casa más bella. Más allá, sin lágrimas ni preguntas, se ha encontrado con el Dios que le llamó, con el Dios que buscó siempre, con el Dios al que entregó toda su vida. Esta es nuestra esperanza.

*Queridos hermanos*, esta comunidad, unida a D. Cipriano Ibáñez y a todos los hermanos de D. Santiago, tiene necesidad de daros las gracias, porque en momentos dolorosos os hemos sentido muy cerca con vuestra presencia y oración; tiene necesidad de agradecer a la Inspectoría de León y a su Inspector, D. Filiberto Rodríguez, su afecto fraternal manifestado el día del entierro; tiene necesidad de agradecer a los médicos y a tantos amigos y feligreses el cariño que siempre dispensaron a D. Santiago y que le acompañó hasta su tumba. Pero queremos sobre todo dar gracias a Dios en voz alta por el regalo que nos ha hecho en la persona de D. Santiago: Dios nos ha amado a través de él, ha iluminado el camino de nuestra existencia por el testimonio que nos ha dado, ha alegrado nuestra vida con la fe optimista de este hermano nuestro.

*Queridos hermanos*, seguid rezando por él y por nosotros ¡Gracias!

BLAS CALEJERO. Director  
Comunidad Atocha-Don Bosco

Madrid, 26 de febrero de 1993.

### **Datos para el Necrologio**

Sacerdote *Santiago Ibáñez García*, nacido en Valoria del Alcor (Palencia) el 25 de julio de 1923, muerto en Madrid (Ronda de Atocha 27) el 26 de agosto de 1992, a los sesenta y nueve años de edad, cincuenta y uno de profesión y cuarenta y tres de sacerdocio. Fue inspector en León durante seis años.